

Milagros de la vida en Bolivia

Fernando Molina La Prensa enero 2001

Bolivia tiene fama de ser un "país altiplánico", pero 763 mil kilómetros cuadrados del millón que tiene, el 70 por ciento, está ocupado por selvas y sabanas. A este hecho hay que sumar eso que los científicos llaman "variaciones altitudinales" (fea expresión para decir que, rebanando el territorio, se podría dibujar, entre las cumbres del noroeste y los llanos del sureste, una línea diagonal descendente: iría de los 6.500 metros sobre el nivel del mar, casi la cúspide, el "límite vertical" del mundo, hasta los 180 metros, en los calientes tobillos del planeta).

El resultado es que aquí la vida es muy diversa, o como se decía antes y con mayor encanto: "más variopinta"; en especial en las laderas húmedas orientales de la Cordillera de los Andes (menos en las tundras o altos llanos helados, menos en los desérticos chacos).

Pues bien, veamos cuán variopinta es Bolivia.

Según un último diagnóstico, el país cuenta con casi 14.000 especies de plantas nativas:

Especies de Plantas Nativas

Grupos Nº de especies Musgos y Hepáticas 1.200

Helechos y afines 1.500

Gimnospermas 16

Angiospermas 11.000

Total 13.716

Fuente: Estrategia de Conservación de la Biodiversidad

Ahora, traduzcamos: las gimnospermas son plantas que tienen las semillas al descubierto. Verbigracia: el trigo. En cambio, las angiospermas son las plantas con semillas cubiertas por un pericarpio. Como el lector verá, los pericarpios abundan en Bolivia; más del 80 por ciento de las plantas nativas se ornan con pericarpios. Bueno, y ¿qué son los pericarpios? ¡Envolturas de semillas, por supuesto! Como las vainas de las arvejas.

Animalitos

Pero dejemos esas vainas. Hay aproximadamente 2.653 especies de animales vertebrados en el país: lo que más abunda son las aves (1.358 especies), tanto que Bolivia es el séptimo país más ornitológico del mundo. Luego vienen los peces: 550

especies. Sin embargo, los bolivianos apenas sabemos los nombres de dos o tres de estos escamudos: trucha, pejerrey y quizá pacú, el cual es exclusivo de las selvas del noreste. En cuanto a las aves, les decimos "pajaritos". Alguno tal vez llame tordo al cuervo. Un erudito. Y, sin embargo, somos una potencia mundial en plumas y garras. Quién lo creyera.

Afortunadamente, no todo es distracción entre nosotros. Le hemos puesto un nombre más lindo al colibrí, algunas de cuyas variedades son típicas de Bolivia. A este hiperkinético diminuto de pico dilatado y alas que oscilan a turbo-reacción lo llamamos "picaflor". En los valles secos no es tan diminuto. Unos centímetros más le han merecido el apelativo de "gigante". Que se cuiden las corolas. Gracias a su enormidad, se salva de que se lo coma el gato andino, que acecha entre los arbustos de las colinas.

En cuanto a los grandes señores del reino animal, los mamíferos, hay 322 especies. Especialidad: roedores, dicho sea esto sin dobles intenciones. Los tenemos hasta con alas: los murciélagos abundan en Bolivia.

El precio de tener

Lo que menos hay es reptiles: 257 especies. En compensación, algunos son bien grandes, como el caimán negro, que es una de las pocas especies silvestres que el país cultiva actualmente, en una hacienda que se llama, sugestivamente, El Dorado; de esa forma saca, para variar, provecho racional de una riqueza natural mucho más importante y, aunque no se crea, mucho más rentable que el mismísimo oro que se suponía cubría la legendaria ciudad de El Dorado.

Entre 1988 y 1996, sin que el país haga nada para aprovechar con inteligencia lo que Dios le dio (y el legado de Dios es mucho mayor que los filones de estaño y plata que, al comienzo de los tiempos, Él entretejió con las rocas en las montañas del occidente), la biodiversidad --¡dichosa palabreja!; mejor digamos: la vida-- contribuyó en 4 por ciento del producto nacional. La biodiversidad mal empleada, en la mayor parte de los casos. Es decir, el cálculo incluye también la actividad maderera, por ejemplo. O, para seguir con el caimán negro, incluye tanto la cría como la caza de los especímenes, y, en consecuencia, el que se mate de paso a los bebés caimanes y a las preñadas señoras de los caimanes.

En resumen: la biodiversidad, sea que se aproveche sosteniblemente, o que se destruya, da pie a un gran negocio. Quitar vida es un negocio. Pero cuidarla lo es aún más. En 1996, cada dólar que ganó el país por etno-eco-turismo (algún día tendremos tiempo para explicar esa palabrita, algún día) generó 1,2 dólares de ingreso a otros sectores de la economía; mientras que un dólar ganado por la exportación de madera benefició al resto de la economía con sólo 0,42 dólares. Casi un dólar menos.

Y estas cifras no miden cuánto le quitaron los madereros irresponsables --ese año y todos los demás años-- a la economía nacional. Al arrasar con los árboles (falta poco para que la preciosa mara, cuyo nombre europeo es caoba, se convierta en una especie extinguida en Bolivia), acaban también con los animales que viven en ellos, con los microorganismos que viven en ellos, con las plantas que viven alrededor de ellos. Una constelación de vidas muere con cada árbol. Quizá, junto con ella, desaparece una clave genética o evolutiva. Y estas muertes traen más muertes, en una cadena siniestra. Y todo el proceso es irreversible. En este momento, 254 especies vegetales (casi el 2 por ciento del total de la flora del país) y 336 especies de vertebrados (13 por ciento del total) se hallan amenazadas. Si no se hace nada, "lo que hay que tener" quedará reducido en 157 especies de aves, 114 especies de mamíferos, 42 especies de peces, 20 especies de reptiles y tres especies anfibios. Y ellas no tendrán una segunda oportunidad: simplemente no volverán más.

Hace poco el país se ha dotado de una estrategia para conservar la biodiversidad.

Traduzcamos una vez más: ha redactado un documento en el que establece lo que quiere y lo que debe hacer para seguir teniendo lo que tiene, y para aprovecharlo sosteniblemente. (Fácil, ¿no?). Muchos de los problemas identificados por este documento son responsabilidad del gobierno y sus mecanismos de protección y conservación del ambiente.

Pero el factor central seguirá siendo el factor humano. El futuro de la vida en su país, señoras y señores, dependerá de lo que ustedes hagan ahora y hagan después (al menos yo ya escribí este artículo). Lo digo en serio: depende de ustedes.

Recuadro 1:

Made in Bolivia

Estas son algunas especies bolivianas (pueden habitar otros países, pero en tal caso no tienen la misma calidad): el marimonito, las parabas (gran nariz osificada y colores chillones), el gallito de las rocas, la oropéndola (qué espléndido nombre), la pava copete de piedra (ustedes se la imaginan) y el jucumari.

En las sabanas: el pío, el ciervo de los pantanos, el oso bandera. En el monte semiárido: el pecarí del Chaco, la vizcacha del Chaco, el guanaco (pardo rumiante del que viene la expresión: "correr como guanaco"; así como el verbo "guanaquear"); varios halcones y un ave "de singular belleza" --cuán bella será que los libros sobre biodiversidad, secos como salares, se permiten un adjetivo tan ostentoso como "singular"--. El ave en cuestión responde al nombre de "paraba Jacinta".

Los salares, secos como libros sobre biodiversidad, son otra maravilla de las regiones altas. En ellas, digan lo que digan los cruceños, también es posible la vida: flamencos

de rosada gracia, vicuñas que ya es un cliché llamar elegantes, y llamas, un noble animal pese a la Disney, la cual, como ha quedado ampliamente demostrado, de llamas e indios no sabe un pepinillo (también crecen pepinillos, en este país).

Recuadro 2:

Los enemigos de la naturaleza

Los pobres:

Cortan y queman el monte para cultivar sus chacos. Ponen ganado en demasía sobre los campos, lo que impide la renovación natural de los pastizales y erosiona los suelos.

Los madereros:

Al extraer árboles comerciales y no plantarlos de nuevo, cambian el ecosistema, el enrevesado y entrelazado lío de vidas que se aprieta en los bosques.

Los petroleros:

Abren el monte con sus ductos y carreteras, lo pisotean con sus cuadrillas, lo contaminan con derrames de aceites pestilentes, lo envician con humos venenosos. Son seguidos por las migraciones de pobres, que, como ya sabemos, deforestan y erosionan. Pero los petroleros no tienen la atenuante de ser pobres.

Los mineros:

Intoxican los suelos con copajira, u orín de minerales. Intoxican los ríos con colas y desmontes, o excrementos de minerales. Aunque algunos son ricos, muchos son pobres. Éstos últimos son peores para el ambiente, pero se nos antoja más insultante cuando son los primeros los que escamotean la culpa.

Las ciudades:

Cambian los paisajes, ahuyentan a los animales y les quitan su hábitat, asfaltan los campos, herrumban el aire y corrompen los ríos; peor cuando las áreas verdes no se respetan, las aguas no se procesan y el loteamiento es una orgía y un hábito. No hay peor criminal, ni más ingenuo.

La ignorancia:

Bolivia sabe muy poco de su riqueza natural, de cuánto vale, de cómo conservarla. Tiene demasiados burócratas de alto vuelo y muy pocos científicos. A los burócratas les paga fantasías por sus fantasías. A los científicos, una miseria. Sin embargo, cada

lección aprendida serviría para cuidar mejor y aprovechar sin daño la naturaleza que, lo hemos olvidado, siempre fue y siempre será la única fuente verdadera de riqueza.

Recuadro 3:

Una fábula

Robinson Crusoe tiene un problema. Hace algunos días descubrió la presencia de indígenas belicosos en su isla y teme que una maniobra suya lo separe del sitio en el que consigue frutos frescos. Así que se propone cultivar la tierra, para lo cual necesita echar abajo el bosquecillo que colinda con su cabaña. Toma un hacha y sale...

Parado frente a uno de los árboles, lo piensa mejor: "Si talo este bosquecillo, mi cabaña quedará desprotegida, el viento y el agua erosionarán la tierra, se irán las aves y no podré cazarlas ni gozar de su canto". Entonces Robinson deja el hacha. Pero de inmediato lo asaltan otras ideas: los indios..., y la inseguridad..., y la comida. Recoge el hacha y, sin saber qué hacer, se aleja del bosquecillo.

Por ahí se encuentra con Jueves, el ecologista radical. "Hola Jueves", le dice, y le cuenta su problema.

En ningún caso debes talar el bosque -sentencia éste-. El bosque es sagrado. Mejor ponle una bomba a los indios.

Crusoe, no muy convencido, se despide y sigue caminando. Se topa entonces con Viernes, el ambientalista, y le narra sus penas.

"Desarrollo sostenible" -dice misteriosamente Viernes.

¿Y qué es eso?

Es simple, Robinson --responde Viernes--, no debes cortar todo el bosquecillo de un golpe; sólo un poco. Cada vez que tires un árbol, planta otros.

Y añadió sentenciosamente:

Lo que sacrifiques en el corto plazo, te gratificará en el futuro.

Robinson siente que Viernes tiene razón, pero tampoco puede desoír otras razones. El "desarrollo sostenible" se dice fácil, pero es difícil de cumplir. Exige ir lento y él no puede esperar. Plantar árboles es caro y requiere materiales que no tiene. Además, demanda un esfuerzo adicional, que lo distraerá de sus tareas de defensa y producción, y eso lo vuelve más caro todavía. El futuro es abstracto, pero en cambio las horas extras son muy concretas, y también los indios y el acceso a la comida y...

Robinson se sienta sobre una piedra, acariciando el liso mango de la hacha, sin saber qué hacer...